

Gustavo A. Grancharoff
Director y editor responsable



La trampa del moralismo

Juan 8:1-11 - 1 Tim 1:15

Los escritores del Nuevo Testamento denunciaron la predicación parcial del evangelio, convencidos de que la buena noticia de Jesús debe ser anunciada integralmente, porque si no se lo hace de esa manera deja de ser buena y deja de ser noticia, lo que significa – nada menos – que el evangelio deja de ser tal.

No es posible anunciar el evangelio sin hacer la necesaria referencia a la cuestión del pecado. Esta palabra – insostenible para el oído posmoderno – es insoslayable, porque se refiere a una experiencia común a todos los hombres: la experiencia del mal. Así comprendido, como experiencia del mal, el pecado es la causa de la degradación de la personalidad humana, de la destrucción de los vínculos familiares y sociales y de la separación de Dios; la importancia de mantener viva la palabra como punto de partida de la predicación del evangelio radica en que nadie se libera de él, si antes no lo reconoce y asume para dar lugar a la primera experiencia cristiana: la de la confesión y arrepentimiento.

Hablar honestamente sobre el pecado no es nada fácil. Es uno de los temas que con mayor facilidad se presta a la parcialidad. Esta fue, precisamente, la gran controversia entre Jesús y los fariseos. Tras muchos siglos de formar parte de la religión institucional, los fariseos se habían acostumbrado a pensar el pecado desde una posición de superioridad, tan bien retratada en la parábola del fariseo y el publicano (Lucas 18:9-14). Con el ceño fruncido, el índice en alto y tono grave de la voz, los fariseos hablaban del pecado como si fuera una realidad ajena. El Señor Jesús, en cambio, enfoca la cuestión del pecado desde la perspectiva del hombre común. Ante la perplejidad de Juan el bautista, por ejemplo, se identifica con los pecadores en el bautismo de perdón de pecados (Mateo 3:13-17), y se relaciona con ellos de una manera tan cordial que los fariseos terminan llamándolo el amigo de los pecadores (Mateo 11:19)

Esta tensión entre los fariseos y Jesús es el resultado de un énfasis distinto en la cuestión del pecado: los fariseos amaban las normas, Jesús ama a las personas. Militantes de las normas morales, los fariseos eran jueces moralistas propensos a condenar; compañero de los pecadores, Jesús es propenso a perdonar. Al perdonarlos Jesús se gana sus corazones; condenándolos, los fariseos dejan que se pierdan.

El moralismo constituye para la iglesia de Cristo una verdadera trampa escenificada magistralmente por el apóstol Juan en el episodio de la mujer adúltera. Encerrados en el círculo que formaron los fariseos a su alrededor, la mujer y el mismo Señor estaban atrapados en los roles que aquéllos acusadores les había asignado: allí, en el centro del círculo, Jesús debía conducirse como el juez de aquella mujer y demostrar públicamente su fidelidad a la regla moral escrita en la ley de Moisés. Como todos sabemos, el círculo se rompió una vez que el Señor rehusó el papel de juez que le quisieron imponer y les trasladó esa responsabilidad a los acusadores desafiándoles primero a revisar sus propias vidas.

Estoy seguro que los lectores ya han percibido la actualidad del tema. Desde los tiempos de Jesús hasta hoy la trampa moralista permanece armada y no es posible zafar de ella sin reconocer con humildad que nosotros los cristianos, junto con el apóstol Pablo, ocupamos el primer lugar en el ranking de los pecadores. Desde ese lugar, tomamos mejor conciencia de nuestra situación ante Dios y renunciamos a ser jueces de los demás, pues si los juzgamos, nos condenamos a nosotros mismos; y abandonando toda pretensión de superioridad moral nos hacemos solidarios con quienes luchan contra propias miserias, del mismo modo en que lo hicimos nosotros, sin éxito, hasta que Jesucristo salió a nuestro encuentro, nos recibió tal como éramos y se ganó nuestro corazón.

Esta actitud frente al pecado que nos enseña el Nuevo Testamento, cambia radicalmente el eje de la predicación cristiana. Ya no son las reglas morales el centro del discurso, ese lugar lo ocupa ahora Jesús. Si desplazamos a Cristo del lugar central de nuestra predicación, enseguida nos daremos cuenta del error, porque comenzaremos a cosechar el desprecio de los pecadores y el aplauso de los fariseos. Solamente la humildad del testimonio cristiano nos permitirá abrir las puertas de nuestras comunidades de par en par para recibir a todos tal como son y presentarles a Jesús, para que cada uno, en la situación en que se halle, tenga un encuentro sincero con Jesucristo. A partir de allí, confiemos que el poder transformador del Espíritu de Cristo cambiará sus vidas como cambió las nuestras: creando en sus corazones el deseo ferviente de parecerse a Jesús.

Testimonio

Dios mira el corazón

La historia de Carina, como muchas otras, confirma con resultados concretos el poder transformador del evangelio de Jesucristo.

¡Hola! Mi nombre es Carina, y el aspecto de la foto era el que solía tener durante mi adolescencia. Mi forma de vestir comunicaba cómo me sentía y cómo pensaba. Violencia, rechazo, disconformidad y descontento, era lo que trataba de expresar. Obviamente, recibía a cambio la mirada de "los otros", una mirada que venía acompañada con burlas, insultos, miedo y desprecio.

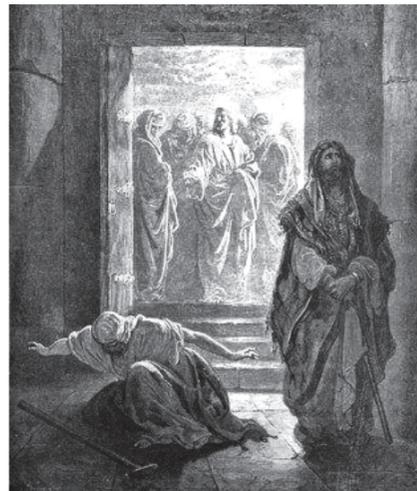
Esa forma de vestirme me permitía confirmar que, efectivamente, los demás me rechazaban, y que, como yo creía, mi vida no tenía "valor". Al mismo tiempo me hacía sentir parte de algo, de un grupo que sentía y expresaba lo mismo que yo.

Mi vida se dividía en dos: la vida de esa chica que ven en la foto, por las noches; y de día, otra más convencional que tenía una relación con las tradiciones de la iglesia católica (no con Dios). Había logrado engañar a muchos, los domingos era una buena catequista, mientras que el resto del tiempo lo compartía con algunos amigos que habían elegido un estilo de vida que nos lastimaba mucho.

Yo creía tener todo lo que necesitaba: me iba muy bien en la escuela, era muy buena en el deporte que practicaba, y tenía un grupo grande y diverso de amigos. Pero, me faltaba algo...

Un día, cenando en la casa de una compañera de softball, hablamos con su mamá acerca de la película "Jesús" (que yo había visto hacía cuatro años atrás) y ella me invitó a ir a la iglesia a la que pertenecía. Ese sábado a la noche, mi amiga me dijo que tenía ganas de ir a la iglesia, pero que no quería ir sola, así que, quedamos en ir juntas al día siguiente.

Era el domingo anterior a las pascuas, hace como dieciséis años atrás, no recuerdo bien la predicación, pero sí recuerdo que en ese momento comprendí qué era ese vacío que sentía. Comprendí que yo no estaba contenta con lo que yo era, y yo era así para confirmarme que no servía más que para ser rechazada. Esa misma noche le pedí a Jesús que sea el Señor mi vida, porque comprendí que Dios conocía mi corazón y me amaba tal cual yo era; que no necesitaba ser "perfecta", porque Él conoce todas mis debilidades.



El publicano y el fariseo
Gustave Doré (1832-1883)



2º Corintios 5:17

De a poco, Dios me fue mostrando que no necesitaba esconderme tras un atuendo, ya que podía refugiarme bajo las sombras de Sus alas. Que no necesitaba hacer nada para sentirme aceptada, ya que Él me había aceptado por medio de su Hijo Jesucristo; que no tenía que simular ser una persona que yo no era.

La actitud que me permitió comprender el amor de Jesucristo fue sentir que los miembros de la iglesia donde estaba me aceptaban y me amaban. Sentí que a ellos no les atemorizaba mi aspecto, yo era una persona en la que valía la pena invertir algo de tiempo.

Yo cambié, pero el cambio no fue inmediato, es más, aún estamos en eso, pero es importante tener en cuenta que voy cambiando desde adentro hacia afuera.

Quizá sea bueno comprender, que Dios no mira la apariencia, sino que mira nuestro corazón (como lo expresa en su palabra cuando unge a David como Rey). Y en estos días de modas tan diversas que expresan tantas ideologías distintas, nosotros como iglesia de Jesucristo debemos animarnos a superar esas barreras para ser contenedores de los despreciados del mundo, mostrándoles todo el amor que Jesús nos mostró a nosotros, simplemente eterno e incondicional.

No somos mejores porque nuestro aspecto sea más prolijo. Si somos embajadores del Reino de los Cielos no es por nuestro merecimiento sino porque el Señor Jesús nos mostró claramente y con mucha paciencia que aspectos de nuestra vida lastiman su corazón.

No miremos "el parecer". Una simple imagen puede engañar a muchos, pidámosle a Nuestro Señor Jesucristo que nos enseñe a ver a las personas tal como Él las ve, y animémonos a comprender que todos, independientemente de nuestra imagen exterior, lo necesitamos a Él.

Carina Bonan
Para Reflexión Bautista